

LA POESÍA DE LAURA CAMPMANY: CLASICISMO Y CONTEMPORANEIDAD

FRANCISCO JAVIER DíEZ DE REVENGA
Universidad de Murcia

Con el libro titulado *Travesía del olvido*¹, Laura Campmany (Madrid, 1962) ha obtenido el XIII Premio Hiperión de Poesía, y la editorial que lo patrocina ha publicado ahora el libro galardonado. Tan sólo había dado a conocer otro libro poético Laura Campmany, *Del amor o del agua* (1993)², y en él ya demostraba cualidades excepcionales tanto para la creación de espacios poéticos como para la formulación de un lenguaje sustancial y poderoso³. Ritmo y versificación mostraban entonces singulares dotes expresivas. Ahora *Travesía del olvido* se nos aparece como un libro muy diferente. Ya no se observa tanto ni se persigue un virtuosismo formal entonces notable. Pero ello no quiere decir que este libro no esté presidido por una sobresaliente coherencia formal, conseguida por una fidelidad a ritmos versales clásicos, transformados por la imaginación acústica de la autora, capaz de recrear y reformar estructuras tradicionales y dotarlas de singular modernidad. Recupera además la autora el inusitado y difícil poema extenso, plenamente logrado en ocho de las nueve espléndidas composiciones del libro.

Con ser éstas características muy sobresalientes, no son las que dotan al libro de mayor novedad, ya que, más allá del verso originalmente construido, el libro está formalizado con una solidez singular, ya que todo el poemario se estructura de forma circular en torno a un solo tema. El libro empieza exactamente donde termina, y los poemas que lo componen, a la manera de la mejor lírica amorosa de Salinas, formalizan

1 Laura Campmany, *Travesía del olvido*. XIII Premio de Poesía Hiperión, Hiperión, Madrid, 1998.

2 Laura Campmany, *Del amor o del agua*, prólogo de Juan Van Halen, La Almadra, Bitácora, Madrid, 1993. Premio de Poesía de la Feria del Libro de Madrid.

3 Francisco Javier Díez de Revenga, "Laura Campmany y la autenticidad de nuestro mundo", *Crítica*, (Universidad Autónoma de Puebla, Méjico) 57, 1994, pp. 79-80.

Francisco Javier Díez de Revenga

una unidad total fuertemente encadenada. Es advertible, sin mucha dificultad, que la intención de la autora es encadenar los poemas, para lo que se sirve de un recurso legítimo y muy clásico, justamente denominado concatenación. Estructura circular que nos anuncia un viaje, puesto de manifiesto en el magnífico soneto inicial: viaje, camino, travesía, en definitiva. Los nueve poemas que componen el libro, titulados lacónicamente, nos hablan de las etapas de ese pasaje, de las reflexiones y de las indagaciones introspectivas que, a lo largo de la travesía hacia el olvido final, conducen a la autora al momento del inicio de ese traslado, maleta en mano: el camino, el viaducto, la pluma, el recuerdo, la sogá, la resaca, la meta, el olvido. Títulos espléndidos para los poemas del libro que, realmente, a mi juicio son estancias de una misma linealidad expresiva, espacios de recuperación del tiempo pasado y de profundización en lo que ese tiempo ha legado a la protagonista de estos tramos de vida: penas, engaños, decepción, todo envuelto en un clima de ansiedad y recuerdo, en la que la memoria cuanto más profundiza más hiere, más duele. Pero la serenidad y la insistencia indagatoria en el episodio vital que origina una poesía tan expresiva como sincera, garantiza una autenticidad lograda con un lenguaje natural y dinámico, ligeramente enriquecido con imaginística que no queda adscrita a ningún lenguaje establecido previamente, ni experiencia ni barroquismo, ni cotidianidad ni rebuscamientos artificiosos. Pero sí riqueza expresiva para un manifiesto de vida y literatura plenamente cohesionadas por la solidez estructural del libro.

“Mi vida tiene forma de camino / y un fondo de verdad en la maleta...” se dice en los dos primeros endecasílabos del libro. “No sé ni adónde voy con mi equipaje.. Quien se inventó mi vida para nada / me la escribió con forma de camino” se concluye en los endecasílabos finales. Estamos, pues, donde al principio: el olvido es el consuelo mejor, pero la memoria del tiempo de amor y desamor que todo el libro contiene, impide al olvido alcanzar su objetivo. “A medida que subo, la maleta / me pesa más...” Falsedad, fingimiento, rencor, codicia, inconsciencia presiden el final patético de este libro intenso. Pero la angustiada protagonista afirma ante todo su esencia, y ésa sí que es la razón de vivir: “ser hasta reventar es mi destino”.

Merecen detenimiento algunos de los poemas que componen el libro. Desde luego, el ya citado soneto inicial nos devuelve a la virtuosa de la forma que ya encontramos en *Del amor o del agua*, libro compuesto exclusivamente por “treinta y seis sonetos perfectos, contruidos con tal virtuosismo y dominio que el lector se siente envuelto en todo momento por ese aire noble y generoso, lleno de misterio poético, que el soneto en su dificultad lleva consigo”⁴. Pero tal poema tan sólo es un prólogo, una introducción a lo que podemos considerar el cuerpo central del libro, que se inicia con el poema titulado “El viaducto”, texto intensamente confesional, en el que la protago-

4 Francisco Javier Díez de Revenga, “Laura Campmany y la autenticidad de nuestro mundo”, p. 79.

nista, tras meditar sobre el famoso paso elevado, tema preferido de la poesía durante la vanguardia histórica⁵, lugar habitual y castizo de suicidios, apuesta por la continuidad, por seguir viviendo, ya que la vida lo merece todo, y los pesares no justifican la muerte. El símbolo final de la moneda arrojada al suelo, y el anfibológico verso último, definen bien el sentido de la confesión: “y digo: ya me iré. Pero me quedo”. En este poema inicial ya podemos advertir cuál va a ser la retórica rítmica empleada por la autora, que se decide por moldes versales clásicos (endecasílabos, heptasílabos, alejandrinos) armonizados con sabiduría en forma de silva libre, lo que le permite, al tiempo que acompasar su frase al verso español, la libertad absoluta en la ejecución. También podemos leer ya la primera concatenación, fijada a la frase “pero me quedo” con la que se inicia el poema siguiente: “Me quedo con / la pluma / de ganso /...”

Es este segundo poema –no vamos a comentar todos los del libro, cuya reflexión recomendamos que haga libremente al lector– interesante, como suele ocurrir con todos los del poemario, tanto desde el punto de vista estructural como en el campo del contenido. Desde la primera perspectiva, es apreciable un cierto experimentalismo por parte de la autora, ya que gráficamente parece situarnos ante la parte más baja de una escala métrica, ya que el poema está compuesto de versos de tres, cuatro o cinco sílabas. Pero en realidad, al oído, endecasílabos, heptasílabos y alejandrinos son los versos que subyacen bajo una apariencia gráfica diferente. El oído de la autora es el que decide que un poema como este no rompa la armonía general del libro, como tampoco ésta se rompe, desde el punto de vista temático, al contener la composición, centrada en el símbolo de una pluma de ganso, la parte acusatoria del volumen: falsedad, deslealtad, traición en definitiva quedan declaradas en angustiosas declaraciones lacónicas –el verso fuerza la situación– de este interesante y renovador poema.

Las distintas etapas de este trozo de vida que constituye el libro, se van formulando en los siguientes poemas, en los que verso y contenido se funden como se unen en el poemario literatura y vida, con la misma fuerza, con parecida intensidad. Así el poema dedicado a “El recuerdo”, se extiende en majestuosos alejandrinos unidos por leve rima asonante alterna y enriquecidos por alardes estilísticos notables como esta aliteración: “Esa hora, la hora del oro fugitivo” o la sucesión de versos interrogativos, que inician un proceso de ansiedad que irá creciendo a lo largo del libro. “La sogá”, sin embargo, con ser el poema más extenso del libro, es el más narrativo del mismo. Dividido en estancias, también concatenadas, procede a revelar la verdad de los hechos, su realidad sobre el tiempo, mientras un agudo y dolorido ejercicio de memoria nos lleva a un final desencantado: “Hace ya mucho tiempo le dije adiós al tiempo / y por patria me di a la indiferencia”... Citemos, por último, en esta primera aproxima-

⁵ Ver, por ejemplo, Rafael Cansinos Assens, en *Poesía española de vanguardia (1918-1936)*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Castalia, Madrid, 1995, p. 85.

Francisco Javier Díez de Revenga

ción de urgencia, “La meta”, cuyos cien versos, ordenados en magistrales décimas endecasílabas, nos revelan la vigencia de la estructura simbólica que preside todo el poemario: camino, travesía, meta. El doloroso ejercicio de la memoria (“Mi vida ha sido una vehemente historia / de sueños, ambiciones y disparos...”) nos conduce al olvido, protagonista central del libro presente ya en el último verso (“Quitarse la corona de la frente, / y descansar para siempre en el olvido”) y que por el sistema concatenativo empleado por la autora, nos llevará inevitablemente al poema final, titulado, como ya sabemos, “El olvido”.

No es éste un libro sencillo. La ansiedad y el desamor definen el sentido último de esta travesía desencantada. Vida y literatura, como aseguraron quienes premiaron el libro⁶, se funden en él. Y esa es su mayor garantía. Y a nosotros lectores ¿qué nos queda? ¿podemos sentirnos prendidos a la intensidad de estos versos que claman decepción? Sin duda. Y esa es la mejor virtud del poemario. Su verdad está en alcanzar al lector y hacerlo cómplice de la ansiedad que comparte en esta travesía del olvido no logrado.

⁶ El jurado de este prestigioso premio ha estado formado, en esta edición, por Francisco Castaño, Luis García Montero, Jesús Munárriz, Carlos Piera y Jenaro Talens.